



Análisis político

Energía, Desarrollo y Liderazgo:

Una mirada estructural a la política peruana contemporánea

Jagalit

21.11.2025 - versión 01



Una mirada estructural a la política peruana contemporánea

Resumen

Este ensayo explora la relación entre energía y desarrollo en la historia de los países modernos, contrastando el enfoque estructural con el enfoque cosmético de infraestructura. A partir de entrevistas recientes en el espacio digital peruano, se comparan dos estilos de liderazgo político y se reflexiona sobre la importancia de la energía como base material para el desarrollo sostenible.

Introducción

En el debate político contemporáneo se ha reducido con frecuencia el desarrollo nacional a la construcción de infraestructura visible: carreteras, aeropuertos, trenes o puertos.

Sin embargo, la historia muestra una regularidad más profunda: ningún país se ha convertido en potencia sostenida sin asegurar previamente una base energética abundante, estable y soberana. En este punto conviene hacer una distinción importante. No toda gran obra de infraestructura es, por definición, un error.

El caso del megapuerto de Chancay es más bien la excepción que confirma la regla: con una inversión del orden de los 3,000 a 3,500 millones de dólares y una capacidad proyectada de varios millones de TEU anuales (Un TEU, Twenty-foot Equivalent Unit corresponde a un contenedor de 20 pies de longitud. Sus dimensiones típicas son aproximadamente 6.10 m de largo, 2.44 m de ancho y 2.59 m de alto.), se trata de un nodo logístico de escala global que puede reducir de manera significativa los tiempos y costos de conexión entre el Perú y Asia.

El problema no es tanto el puerto en sí, sino el riesgo de que funcione como una isla eficiente en medio de un sistema productivo débil: si no se lo articula con energía abundante y barata, corredores ferroviarios y viales sólidos, y polos industriales en el norte, centro y sur del país, Chancay puede terminar sirviendo sobre todo a las cadenas globales de valor, con un impacto limitado en la industrialización interna.

La prioridad estratégica no debería ser oponerse a este tipo de proyectos, sino integrarlos a una política nacional de desarrollo productivo y energético.

Este ensayo propone que la energía no es un sector más del desarrollo, sino una condición física de esa posibilidad. Sin energía masiva, continua y barata, no hay industrialización, ni ciencia aplicada, ni tecnología, ni soberanía real.

Desarrollo estructural vs desarrollo cosmético

Los países hoy considerados desarrollados siguieron una secuencia histórica clara:

1. Aseguraron primero su base energética.
2. Construyeron su industria y sistema productivo.
3. Desarrollaron luego su infraestructura de transporte.
4. Finalmente consolidaron sus sistemas de servicios y movilidad global.

Muchos países en desarrollo, por el contrario, invierten ese orden. Construyen primero la escenografía: aeropuertos sin un ecosistema productivo detrás, carreteras sin polos industriales consolidados, trenes sin suficiente flujo de carga. A esto se le puede llamar *desarrollo cosmético*: proyectos diseñados para verse, pero no necesariamente para sostenerse en el tiempo.

Conviene precisar que la realidad peruana no es idéntica a la de otros continentes. En el Perú, por ejemplo, gran parte de la infraestructura vial o de transporte se desarrolla hoy bajo esquemas de concesión público-privada. El sector privado no apuesta por magia ni por discursos: realiza cálculos de tráfico, demanda futura, riesgo e inversión. Donde no hay masa crítica de usuarios o actividad económica real, simplemente no hay inversión sostenible.

Y aquí el punto central: **sin polos de desarrollo** previamente abastecidos por una **fuerza suficiente de energía** y respaldados por una **base industrial** sostenida, las conexiones físicas: rieles, autopistas, aeropuertos o corredores logísticos, pierden sentido, simplemente no funcionan. No crean el desarrollo: lo siguen, es decir es la continuación inherente al desarrollo.

Una estación moderna de telecomunicaciones, un aeropuerto internacional en un pequeño pueblo, una autopista entre caseríos, sin electricidad, sin polos de desarrollo, no integra, no conecta, no desarrolla: solo decora. Este tipo de errores no es tecnológico, sino conceptual.

La infraestructura visible solo tiene sentido cuando existe una infraestructura invisible que la alimenta: energía, producción, mercado y densidad económica real.

En el caso peruano, el problema no es la ausencia total de energía (existen recursos hidroeléctricos y otras fuentes), sino su escala, costo y estructura. Con una capacidad instalada del orden de ~ 15 GW para más de 34 millones de habitantes, el Perú dispone de apenas ~ 0.44 kW por persona, una cifra muy inferior a países comparables: Chile (~ 1.75 kW/persona), Francia (~ 2.3 kW/persona) o Suiza (~ 3.3 kW/persona). Esto significa que la energía en el Perú no es todavía lo suficientemente abundante ni barata como para sostener una industrialización masiva, tecnológicamente competitiva y territorialmente equilibrada. No se trata solo de generar más electricidad, sino de hacerlo a bajo costo, con estabilidad, y en proximidad a núcleos productivos.

En este contexto, se vuelve estratégica la creación de polos de desarrollo regional, en Chiclayo, Arequipa, Cusco, Iquitos u otras zonas con potencial como Oxapampa, capaces de concentrar demanda industrial, tecnológica y logística. Estos polos permitirían anclar inversión, absorber energía a escala, reducir costos marginales y crear densidad económica real, que es la condición previa para cualquier proceso serio de industrialización.

Ese proceso no depende únicamente de la energía nuclear. También puede apoyarse en fuentes renovables, siempre que no se conviertan en una carga fiscal permanente, sino en generadoras de energía competitiva.

Lo razonable es pensar en sistemas híbridos, combinando recursos renovables con el gas natural disponible, orientados a producir energía estable, suficientemente barata y capaz de sostener una base industrial progresiva.

Energía como base del desarrollo

Los países que hoy lideran en industria y tecnología (Estados Unidos, China, Rusia, Alemania, Japón, Corea del Sur, Francia) pasaron por un mismo principio: primero garantizar una base energética sólida, luego desplegar industria y tecnología, y solo después expandir su infraestructura de movilidad.

Sin energía:

- no hay industria pesada,
- no hay metalurgia moderna,
- no hay química avanzada,
- no hay agricultura tecnificada,
- no hay digitalización real.

La infraestructura de transporte no crea desarrollo, lo refleja.

Estilos de liderazgo frente al desarrollo

En el escenario político peruano reciente se observan dos estilos simbólicamente opuestos: el *liderazgo de proceso* y el *liderazgo de misión*.

El primero se articula desde la experiencia, la evolución y la institucionalidad. Reconoce los errores, habla en términos de continuidad y opera dentro del marco del Estado.

El segundo se estructura desde la convicción personal, el enfrentamiento moral y la narrativa de ruptura. Su lenguaje es más escénico que estructural, más movilizador que técnico.

Ambos estilos existen, pero desde la perspectiva del desarrollo energético e industrial, solo uno dialoga con la complejidad real del mundo físico.

Energía vs espectáculo

Proponer aeropuertos internacionales sin una base productiva, energética e industrial es invertir la lógica del desarrollo. Primero se construye el motor, luego las alas.

La historia demuestra que el desarrollo no se construye con obras que lucen, sino con sistemas que sostienen. Los caminos, los rieles y los aeropuertos no crean potencias: las potencias crean caminos, rieles y aeropuertos.

Liderazgo y desarrollo: Keiko y RLA

En el contexto peruano reciente, las discusiones sobre desarrollo y modernización no ocurren en el vacío: se articulan a través de liderazgos concretos, rostros, voces y narrativas.

Resulta particularmente ilustrativo contrastar dos estilos que conviven hoy en el espacio público: el de Keiko Fujimori y el de Rafael López Aliaga, tal como se han mostrado en entrevistas largas en formato digital con el mismo entrevistador y ante audiencias similares.

Keiko Fujimori: liderazgo de proceso

En Keiko Fujimori se observa un liderazgo que se presenta como hija de la experiencia y del conflicto. Su narrativa está marcada por la biografía: la familia, la temprana responsabilidad pública, los costos personales de la política, los errores y aprendizajes.

Su discurso es más racional que epifánico. Habla de partido, cuadros, procesos, negociaciones, formación política. Se mueve dentro de la lógica del Estado y de las instituciones, con un tono que intenta humanizar su figura sin renunciar a la idea de proyecto.

Este tipo de liderazgo, con todas sus limitaciones, dialoga mejor con la idea de desarrollo estructural: reconoce que el cambio exige continuidad, reglas, procesos y decisiones técnicas que no siempre son vistosas.

Rafael López Aliaga: liderazgo de misión

En Rafael López Aliaga se configura un liderazgo de misión. Su discurso se apoya con frecuencia en referencias morales y religiosas, en una nítida división entre bien y mal, orden y caos, pueblo y *caviares*. El tono es de cruzada más que de gestión.

Su forma de intervenir en el espacio mediático es más escénica que estructural: afirma, denuncia, promete, confronta. Propone obras de alto impacto simbólico, como grandes aeropuertos o programas espectaculares, sin detallar siempre las condiciones materiales que los harían viables.

No se trata de cuestionar la fe personal, sino de subrayar un problema de enfoque: cuando la convicción moral pretende sustituir a la ingeniería, la promesa política se desconecta de la realidad física.

Diferencia humana e intelectual

Sin caer en fanatismos, es posible identificar una diferencia humana e intelectual entre ambos estilos. Keiko Fujimori se presenta como una figura marcada por la historia que intenta procesar lo vivido y corregir el rumbo. Rafael López Aliaga se presenta como alguien llamado a enderezar la historia, desde una autoridad moral autoconcedida.

El primer enfoque tiende a aceptar la complejidad del Estado, sus limitaciones y la necesidad de articular equipos, instituciones y reglas. El segundo corre el riesgo de reducir esa complejidad a una narrativa de voluntad: si hay fe y decisión, todo es posible.

Desde una perspectiva de desarrollo, esta diferencia es significativa. La energía, la industria, la ciencia y la infraestructura básica requieren planificación a largo plazo, continuidad política y decisiones técnicas sostenidas, no solo gestos carismáticos.

Conclusión

Un país no se desarrolla por inaugurar obras visibles, sino por construir capacidades invisibles: energía, ciencia, industria y organización. La política puede elegir entre dos caminos: reforzar la escenografía o atreverse a fortalecer los cimientos.

Los países que hoy consideramos desarrollados siguieron la segunda ruta: primero aseguraron su base energética e industrial, luego vinieron los caminos, los rieles y los aeropuertos. Los países que se quedaron en el intento se perdieron en la primera: abundancia de obras vistosas, escasez de sistemas sostenibles.

En el Perú contemporáneo, la discusión sobre liderazgo no debería quedarse en simpatías personales, sino preguntarse qué tipo de mente y qué tipo de proyecto están mejor alineados con la realidad física del desarrollo. No hay soberanía sin energía, ni progreso sin industria, ni futuro sin una política capaz de pensar más allá del próximo titular. No hay movilidad sin producción. No hay desarrollo sin densidad energética. La tarea del siglo XXI para países como el Perú no es llenar el territorio de pistas y terminales, sino construir primero el corazón que haga circular la sangre: su sistema energético.

Jagalit

Ginebra, 21 de noviembre 2025

Fuentes:

Keiko visita al tío Rockefeller
RLA visita al tío Rockefeller

Energía, Desarrollo y Liderazgo

Una mirada estructural a la política peruana contemporánea

Jagalit

Ginebra, Suiza, 21.11.2025

Publicado en: <https://jagalit.com>

Contacto: jagalit (at) gmail.com